

CAMINO DEL DÍA EN QUE DEJAREMOS DE TRABAJAR ... POR OBLIGACIÓN

Paco Jiménez Orantes

[El Principio Federativo](#)

Soy fan de la ciencia ficción y hace algún tiempo disfruté con una serie del género llamada «Humanos». Los protagonistas eran unos robots humanoides que parecía que habían superado la barrera difusa entre la inteligencia artificial y la conciencia humana. Todo ello reconozco que no es demasiado original, pero me llamó la atención que se incluyera en el guión un tema que habitualmente se evita en este tipo de historias: la tecnología de los robots humanoides había evolucionado tanto y eran tan asequibles (entre el precio de un coche y el de una casa) que habían pasado a desarrollar de forma casi exclusiva todos los trabajos de tipo auxiliar, y ya iban conquistando algunos de tipo especializado. Y por tanto, la mayoría de la gente se estaba quedando sin trabajo. Simplemente no podían competir con la incansable eficiencia de las máquinas. En este contexto, prosperaban los movimientos anti-robots y la hostilidad hacia ellos de buena parte de la población se hacía manifiesta.

Todo ello recordaba las revueltas anti-máquinas de hace dos siglos, el *Ludismo*, cuando los trabajadores de las antiguas factorías vieron alarmados que la naciente industrialización dejaba a muchos sin trabajo. Aquella crisis hizo nacer los movimientos obreros y en el fondo el conflicto no se resolvió provisionalmente hasta que llegó el *Fordismo*. Henry Ford perfeccionó técnicamente el modelo de producción de la industrialización y al mismo tiempo lo supo equilibrar mejorando de manera importante las condiciones laborales y el poder adquisitivo de los empleados. Se trataba de fabricar coches que sus empleados pudieran comprar, y así comenzó la sociedad de consumo. El cambio de modelo necesitó todavía dos guerras mundiales para consolidarse y tuvo su último

momento dorado durante la década de los 80 del pasado siglo. Durante los 40 años posteriores al final de la segunda guerra mundial la sociedad de consumo creció a costa de un derroche colosal de recursos naturales y de una mejora sensible del poder adquisitivo de buena parte de la población mundial, que podían hacer así de consumidores de una industria cada vez más potente. Esto además era compatible con la reducción de las jornadas laborales y el adelanto de la edad de jubilación, generando más tiempo para el consumo. Pero actualmente este modelo está en una severa crisis de la que no podrá renacer igual.

La producción de bienes ha tocado techo. Es cierto que una gran parte de la población mundial no tiene acceso a los mismos productos, pero es que este modelo social de producción ya no se los podrá ofrecer nunca. No los pueden comprar porque no tienen empleos suficientemente retribuidos, y difícilmente tendrán nunca ocupaciones suficientemente retribuidas porque no son necesarios para producir los productos que se les gustaría vender. Esto sin tener en cuenta que quizás el planeta no ofrece suficientes recursos naturales para producir bienes para todos dentro de este modelo de producción de consumo, el de la obsolescencia programada.

Pero es que además la economía mundial se ha virtualizado. La producción de bienes y servicios ha dejado de ser rentable para los poderes económicos por el estancamiento primero y el retroceso después del poder adquisitivo del común de la población, por lo que la economía global se ha convertido en un juego de ajedrez de suma 0 en el que para que algunos ganen mucho, muchos, muchos otros deben perder. El poder adquisitivo de los salarios baja, se hace necesario trabajar más horas y durante más años para asegurar un nivel de vida similar, y por último, la necesidad de mano de obra cae haciendo que el paro se convierta en un mal crónico. Los robots quizás tardarán mucho o poco en sustituir a las personas en la mayoría de los puestos de trabajo, pero ya ahora el empobrecimiento y el desempleo azotan a millones de personas de una manera que parece irreversible. Y aún así, considerada en conjunto, la capacidad técnica y creadora de la Humanidad es colosalmente mayor de lo que ha sido nunca. ¿Qué falla?

Falla que deberíamos aceptar que no es necesario que trabaje todo el mundo, pero que al mismo tiempo todos juntos, solidariamente, deberíamos asegurar que las necesidades de todas las personas estén cubiertas y garantizadas durante toda su vida. La mayoría de la gente trabajará algún tiempo, quizás de forma intermitente. Otros trabajarán mucho durante toda su vida simplemente porque los apasionará su trabajo y lo harán tan bien que la sociedad les recompensará suficientemente bien por hacerlo. Otros no trabajarán nunca en ningún trabajo retribuido y se dedicarán simplemente a vivir. Pero a todos, en todo momento, se les deberá asegurar que nunca les faltará lo esencial para vivir dignamente. Y no se trabajará más porque no

será necesario que se trabaje más.

No es una utopía irrealizable, es simplemente la lógica de la situación. De la situación ya actual. Cualquier otro modelo que condene a la miseria a los desempleados (o los ocupados en precario) conducirá irremisiblemente a una auténtica apocalipsis, quizás ya nos está llevando.

Mientrastanto el discurso ciego y lineal de los voceros del poder nos dice: hay que trabajar más horas, hay que trabajar más años, hay que reducir salarios para ser más competitivos... y quién comprará los productos o llenará los hoteles? Los extraterrestres? De dónde saldrá la solvente demanda para una oferta de bienes y servicios tan competitiva?

Llegarán los robots, y tal vez entonces podremos coger a todas las élites dominantes con toda su infinita riqueza, hacerlos acompañar con un conveniente ejército de robóticos sirvientes y enviarlos a Marte para que disfruten de su inalcanzable bienestar sin la engorrosa presencia de los pobres desocupados. A ver si los convencemos pronto y que nos dejen en paz.